

GWENDOLYN BROOKS  
Maud Martha

Traducción del inglés de  
REGINA LÓPEZ MUÑOZ

# Índice

Prefacio, 9

- 1 descripción de Maud Martha, 19
- 2 paisaje de primavera: detalle, 21
  - 3 amor y gorilas, 23
  - 4 la muerte de la abuela, 26
- 5 qué bueno eres, qué amable, 29
  - 6 en el Regal, 31
    - 7 Tim, 33
    - 8 casa, 36
    - 9 Helen, 39
  - 10 primer pretendiente, 43
  - 11 segundo pretendiente, 45
- 12 Maud Martha y Nueva York, 48
  - 13 amarillo apagado, 51
- 14 todos con la boca abierta, 53
  - 15 el pisito, 55
- 16 la joven pareja en el hogar, 58
- 17 Maud Martha se apiada del ratón, 61
- 18 somos las únicas personas de color, 63

- 19 si tienes la piel clara y el pelo largo, 67
  - 20 un parto, 73
  - 21 puntales, 80
- 22 Maud Martha y las tradiciones, 82
  - 23 los vecinos, 85
  - 24 un encuentro, 96
  - 25 el consuelo, 100
- 26 el tumor de Maud Martha, 105
  - 27 Paul en el Club oII, 107
  - 28 amor fraternal, 110
  - 29 sombrerería, 112
- 30 en casa de los Burns-Cooper, 114
  - 31 en la calle Treinta y cuatro, 118
  - 32 una visita materna, 119
- 33 las hojas de los árboles caen de los árboles, 122
  - 34 ¡se acabó la guerra!, 126

*Para mi familia*

## PREFACIO

Margo Jefferson

A FINALES DE LA década de los setenta, época en la que dedicaba mis días a escribir fervientes obras de crítica literaria y a leer a autoras con avidez, tuve que ir hasta la Biblioteca Pública de Nueva York para dar con un ejemplar de *Maud Martha*. Era lectora de la poesía de Gwendolyn Brooks desde finales de los cincuenta, que fue cuando se publicó *Bronzeville Boys and Girls*. ¿Y cómo no, siendo yo una lectora negra, y más concretamente una niña negra de Chicago con gustos y anhelos literarios? Todos los lectores negros chicagüenses sabían que el apasionado virtuosismo y la clarividencia de *Annie Allen* le habían valido a Brooks el Premio Pulitzer de Poesía en 1950. Y en las navidades de 1963 mis padres me regalaron una preciosa edición de sus *Poemas escogidos*.

Pero, ¿qué había sido de *Maud Martha*, su primera y única novela, publicada en 1953? En los años setenta estaba descatalogada.<sup>1</sup> Había cosechado un puñado de reseñas respetuosas y posteriormente se había incorporado a los catálogos de las bibliotecas, donde pasaba ampliamente desapercibida. En mi opinión, lo que en realidad ocurrió fue que *Maud Martha* sucumbió bajo el canónico poderío de las óperas primas de dos coetáneos negros de Brooks: *El*

---

1 *Maud Martha* se reeditó por primera vez en Third World Press en 1993.

*hombre invisible* de Ralph Ellison se había publicado el año anterior, y *Ve y dilo en la montaña* de James Baldwin llegó a librerías también en 1953.

En algún punto entre las encarnizadas búsquedas y afirmaciones de estos héroes masculinos hay en Chicago una niña de siete años llamada Maud Martha Brown que está sentada en su porche y mira los dientes de león, «alhajas amarillas de uso diario que tachonaban la parcheada túnica verde del patio de casa» (p. 19). ¿Qué desea Maud Martha? Desea dar forma —cuerpo, orden— a la diversidad de materiales que conforman la vida, la de su entorno y la de su interior. Las ensoñaciones y las tareas, las costumbres más acuciantes y los rituales más preciados, los nudos del dolor y las oleadas de placer.

La búsqueda de Maud Martha consiste en llegar a ser la mejor versión posible de sí misma, en madurar utilizando la cabeza y el corazón de un modo inteligente, afrontando sus carencias y decepciones, saboreando esos momentos en los que una «podía pensar incluso en la muerte con intenso regocijo, sentir que la muerte formaba parte de la vida: que la vida era buena y la muerte también lo sería» (p. 126).

En *Report from Part One*, sus memorias publicadas en 1972, Brooks afirmaba sobre el componente autobiográfico de la novela: «Es cierto que saqué de mi propia vida buena parte de la “historia”, pero todo está transformado, exagerado o atenuado, aderezado o mitigado». <sup>2</sup> Es decir, que Brooks mitigó su decisión de convertirse en artista. A Maud Martha, en cambio, le otorgó la sensibilidad y la conciencia de una artista, la voluntad de sondear sus propios pensamientos, sentimientos y experiencias. «Aquella era la ofrenda, la obra artística que nadie más podría crear» (p. 32), reflexiona Maud Martha.

---

2 Broadside Press, 1972.

A cambio de su ofrenda, desea «ser digna de amor». *Cherished*. Recuerdo cómo torcí el gesto al leer aquella palabra en los setenta. La joven feminista que se fraguaba dentro de mí tenía miedo de que la historia relacionara el ser digna de amor con una inmersión absoluta en el matrimonio y la maternidad; qué equivocada estaba. Gwendolyn Brooks escogía siempre sus palabras con una precisión tenaz, rayana en lo obsesivo. Maud Martha desea ser digna de amor en su definición más común, «apreciada, tratada con tierna afección». Pero *cherish* significa también «albergar sueños y esperanzas». Y Maud Martha cultiva sus pensamientos y su sensibilidad, tanto de niña y adolescente como ya siendo esposa y madre. Ni rastro aquí de los flagrantes suplicios de los héroes de Ellison y Baldwin, pero no por ello deja de ser Maud Martha una protagonista discretamente extraordinaria.

Brooks se cuida de reivindicar el privilegio de la narración omnisciente. Echa mano de la tercera persona, habla con y de Maud Martha, pero no *por* ella. Brooks califica de «pequeñas historias» los treinta y cuatro capítulos de los que se compone el libro. Como en una secuencia de sonetos, cada relato se recrea en detalles sensoriales y emotivos, y cada uno revela una nueva faceta de Maud Martha. Al escribir prosa, los poetas se toman ciertas libertades con el arco narrativo. Cualquier poema, por breve que sea, posee su propio arco. Las primeras palabras de esta novela son «descripción de Maud Martha», a lo que sigue una lista detallada y lírica de lo que le gusta a la niña, y lo que desea (pp. 19-20).

Lectora, lector, atención: con esta chica no se puede dar nada por sentado.

Pondrá en duda el consuelo convencional de un himno religioso. («¿De verdad lo entenderían todo mejor tarde o temprano? ¿Cuándo era demasiado tarde?», p. 35). Envidiará las pasiones que levanta la belleza de su hermana. «Tengo el pelo más largo y más fuerte, pensaba. Soy mucho más lista. Leo libros y periódicos y a la gente mayor le gusta hablar conmigo, pensaba. Pero el meollo de la

Maud Martha



*Maud Martha nació en 1917.  
Aún está viva.*

## descripción de Maud Martha

LE GUSTABAN LOS CARAMELOS de botón, y los libros, y la música pintada (azul intenso, o plata delicada), y el cielo de poniente, tan cambiante, visto desde los escalones del porche trasero; y los dientes de león.

Le habría gustado ver loto, o ásteres de China, o iris japoneses, o lirios del prado; sí, unos lirios del prado habrían estado bien, porque la mera palabra prado hacía que respirase más hondo y levantara los brazos con entusiasmo —o sintiera el deseo de levantarlos, dependiendo de quién rondara cerca— hacia quienquiera que la mirase desde el cielo. Pero lo que más veía era dientes de león. Alhajas amarillas de uso diario que tachonaban la parcheada túnica verde del patio de casa. Le gustaba su recatada belleza casi tanto como su carácter cotidiano, pues en esta última cualidad le parecía ver una imagen de sí misma, y la reconfortaba saber que algo común también pudiera ser una flor.

¡Y ser digno de amor! Ser digna de amor era el mayor deseo que albergaba Maud Martha Brown en su corazón, y a veces, cuando no estaba mirando dientes de león (porque una no podía pasarse el día mirándolos, a menudo había sillas y mesas a las que quitar el polvo o tomates que cortar o abacerías a las que ir, y en los meses más fríos no florecía ni un diente de león), le costaba creer que algo de atractivo tan ordinario —si es que podía calificarse de

ordinario el atractivo de cualquier flor— fuera tan fácil de amar como algo de cautivadora belleza.

¡Igualito que su hermana Helen! Que solo le sacaba dos años a sus siete, y tenía casi su misma altura y peso y complexión. Pero, ay, esas pestañas largas, esa gracia, esos pequeños gestos que hacía con las manos y los pies.

## paisaje de primavera: detalle

LA ESCUELA TENÍA UNA presencia sólida. Ladrillo rojo castaño, acabados en piedra color crema sucio. Chimenea maciza, franca, seria. El cielo estaba gris, pero el sol hacía pequeñas promesas plateadas en algún punto allá arriba, insinuante. Soplaban viento. ¿Qué clase de día de junio era aquel? Recordaba más a los últimos coletazos de noviembre. Era más que lúgubre; con todo, las pequeñas promesas estaban ahí, apenas disimuladas; quedaba por ver si se cumplirían o no.

Calle arriba, mezclada con el viento, soplaban una ráfaga de niños que torció la esquina en dirección al patio de la escuela de ladrillo rojo castaño. Era maravilloso. Destellos de rosa, de azul, blanco, amarillo, verde, morado, marrón, negro, transportados por unos tallitos saltarines de tonos pardos o amarillos o negro tostado, exhalados por la fea grisura de las decrepitas construcciones de dos apartamentos cada una, más allá de las parcelitas de tierra y retozos de hierba que lucía orgullosa sus estrechos y osados letreros: SE RUEGA NO PISAR - HIERBA RECIÉN PLANTADA. Aquellos edificios contenían vidas. Y los niños, como el viento, dejaban atrás esas vidas minúsculas. Espacios limitados, paralizantes, asfixiantes, que a ellos les traían sin cuidado. Con voz estridente comentaban cómo hacerse tirabuzones y tupés, hablaban de chicos «malos» y chicos «espabilados», de Joe Louis, de helados, de bicicletas, de béisbol, de maestras, de exámenes, de Duke Ellington, de Bette Davis. Habla-

ban —o al menos Maud Martha hablaba— del pastel de batata que se serviría en casa.

Faltaban seis minutos para las nueve; al cabo de un minuto sonaría la última campana. «¡Venga! ¡Que llegáis tarde!». Gritos ahogados. Pasos apresurados. Aleteo de carteras. Inevitablemente, sin embargo, a la grandullona no le quedaba más remedio que mostrarse indiferente, fingir que le importaba un bledo llegar tarde, ¡no correr! (Porque se bambolearía, perdería la dignidad). E inevitablemente los muchachos en pantalón corto de diez, doce, trece años se hacían también los indiferentes, por diversión, y remoloneaban junto a los ladrillos rojos lanzándose una pelota, o leyendo el periódico o algún tebeo, o soltándose puñetazos medio en broma.

Pero al final hasta el último soplo de viento se colaba en la escuela y para las nueve y cinco el patio ya estaba desierto. Ni una gorra ni un lazo a la vista.

## amor y gorilas

¡O SEA, QUE AL final el gorila había escapado!

Lo tenía claro, ahora que estaba despierta. Porque despierta estaba. Esto era estar despierta. Desperezarse, enroscar los dedos, y aunque sentía que las volutas de una materia delicada y calinosa la protegían aún del embate de las cortinas rojas con flores blancas y verdes, y del cuadro de la madre y el perro embelesados ante un bebé, y de la cómoda con flores azules de papel, no le cabía duda de que estaba del todo despierta.

Aquel tren; una especie de autobús de dos pisos en movimiento y sumido en una semipenumbra tapizada de azul. Un movimiento lento. Lento. Más parecido al de un barco. Paraba delante de la jaula del gorila. El gorila, tumbado boca arriba, con los brazos debajo de la cabeza y una pierna cruzada con desparpajo sobre la otra, observaba a la gente. Y entonces se erguía, se encaminaba trabajosamente hacia la puerta de la jaula, miraba hacia fuera, agarraba los barrotes, zarandeaba los barrotes. Todos los pasajeros del piso de abajo subían al de arriba.

¿Por qué no se bajaban?

«¡Avería del motor! —exclamaba el chófer—. ¡Avería del motor! ¡Y dicen que el gorila se va a escapar!».

¿Por qué no se bajaba la gente?

Después había unos destellos verdes, y rojos, y luego rojo anaranjado, y ella en medio de todo aquello, con su escasa edad multi-

plicada varias veces, sin duda, porque la trataban como a una adulta. Todo el mundo tenía miedo, pero nadie bajaba.

Todo el mundo se preguntaba si el gorila escaparía.

Ya despierta, Maud Martha sabía que sí.

Ella estaba a salvo, pero los demás... ¿se los habría comido? Y, en ese caso, ¿habría empezado por las cabezas? ¿Podía digerir el gorila cosas como botones y relojes de pulsera y pelo? ¿O apartaría todo eso primero?

Maud Martha se levantó, y de camino al baño lanzó una ojeada hacia la puerta entornada del cuarto de sus padres. Estaban muy juntos. El brazo de su padre rodeaba a su madre.

¡Jo, qué bonito!

Porque Maud Martha recordaba la noche anterior. A su padre saliendo de la casa con paso regio, vistiendo su mejor traje y su mejor sombrero, y a su madre quedándose sola. Más tarde, Helen y Harry y ella habían salido con su madre en una «excursión nocturna».

Cómo le gustaban a ella las excursiones. Sobre todo de noche, cuando todo era voluble, peculiar, una deliciosa amenaza siempre al acecho y en posición para abalanzarse sobre ti pero sin llegar a hacerlo nunca. Al este de Cottage Grove había menos gente, y la que había tenía siempre, sin excepción (qué extraño, pensaba Maud Martha), la cara blanca. Allí, aquella entidad misteriosa y acechante cobraba cien veces más peso.

Poco después de que volvieran a casa volvió también papá. Mandaron a los niños a la cama, y así se había encaminado Maud Martha al sueño y a su gorila. (Aunque ella eso no lo sabía de antemano, ¡nada de eso!). En lo más profundo de la noche se había desvelado, solo un poquito, y había llamado: «mamá». Mamá había dicho: «¡Calla!».

A la niña no le molestaba que la mandaran callar de malos modos cuando su madre pedía silencio para que papá y ella pudieran quererse.

Porque ella se alegraba mucho *mucho* de que hubieran hecho las paces y se portaran bien otra vez.

Aunque, en los momentos de odio —ensordecedor o mudo y glacial—, mamá era extremadamente cariñosa y buena con ella.



## la muerte de la abuela

TUVIERON QUE ESPERAR EN una salita pequeña a que las enfermeras cambiaran a la abuela.

«Es porque se lo hace encima», explicó la madre de Maud Martha.

¡Ay, qué cosas! Qué cosas.

Cuando por fin los dejaron pasar, Belva Brown, Maud Martha y Harry entraron de puntillas en la deslustrada habitación, en fila india.

La abuela yacía en lo que a Maud Martha le pareció un ataúd de madera. A ambos lados de la cama habían colocado unos tablones para evitar que la paciente se hiciera daño. Durante toda la mañana, les confió una enfermera, Ernestine Brown había estado intentando salir de la cama e irse a casa.

Echaron un vistazo al interior del ataúd. Maud Martha se descompuso. Aquella no era su abuela. No podía ser. Esa cara alargada, fofa. Esos ojos cerrados, con las pestañas como húmedas, los párpados pesados. Una silueta recta, plana y flaca bajo una manta gris marengo. Y la voz, pastosa y ronca. «Aaah... aaah... aaah». Maud Martha tenía miedo. Pero no debía demostrarlo. Decidió hablarle a aquel semicadáver.

—Hola, abuela. Soy Maudie. —Y, al cabo de un momento—: ¿Sabes quién soy, abuela?

—Aaah...

—¿Estás mejor? ¿Te duele algo?

—Aaah...

En estas, la abuela meneó imperceptiblemente la cabeza. No abría los ojos, pero por lo visto entendía lo que le decían. Y puede que también lo que no le decimos, pensó Maud Martha.

Qué solos estaban, qué lejos de esa mujer, esa mujer ordinaria que de repente se había transformado en reina, para quien dentro de poco se abriría la puerta más interesante de todas, esa mujer que —aun estando tumbada y encerrada entre tablones con sus «aaah»— se elevaba, triunfaba sobre todos, mientras ellos se quedaban allí plantados, formulando las preguntas estúpidas que la gente hace a los enfermos, por puro respeto, por algo que oscilaba entre el espanto y la envidia.

«Nunca he visto morir a nadie —pensó Maud Martha—. Pero ahora estoy viendo morir a alguien».

¿Qué era aquel olor? ¿Cuándo se marcharía su madre? Ella no aguantaría mucho más. ¿Qué era aquel olor? Apartó la vista un momento. ¡Para observar a las otras pacientes de la habitación y no a la abuela! Las demás eran mujeres blancas. Había tres, dos muy acartonadas que dormían y una señora corpulenta de unos sesenta años que no parecía en sus cabaes y que estaba sentada en la cama, gimoteando «¿Por qué no viene nadie a traerme una cuña? ¿Por qué? Nadie me trae una cuña». Agarró con fuerza el bajo del abrigo de Maud Martha y la escudriñó con sus ojos azules y brillantes, como de cristal, y suplicó: «¿Puedes pedir que me traigan una cuña? ¿Eh?». Maud Martha prometió que lo haría y la mano débil la soltó.

«Angelito», dijo la señora corpulenta, lanzando una mirada tierna a la abuela.

Cuando por fin salieron de la habitación y dejaron atrás el último «aaah», Maud Martha le habló de la señora de la cuña a una enfermera que pasaba por allí. La enfermera apretó los labios. «Pues que siga pidiéndola —dijo, al cabo de un momento de silencio indignado—. No hacen otra cosa, día y noche, que quejarse porque

quieren la cuña. No podemos estar dándosela cada dos minutos. No haga caso, señorita».

Echaron a andar por el largo pasillo. Maud Martha rodeó a su madre con un brazo.

«Ay, mamá —sollozó—. Está... está fatal. No tenía ni idea. Nunca había visto una... criatura... así de... espantosa...». Le costó una barbaridad reprimir las lágrimas. En cuanto a su hermano Harry, no había pronunciado ni una palabra desde que había pisado el hospital.

Cuando volvieron a casa, papá estaba atendiendo una llamada. Ernestine Brown había muerto.

La mujer que había llevado a los hijos de Abraham Brown al circo y les había comprado palomitas de color rosa, y galletitas de cacahuete, esa mujer tan risueña... esa Ernestine había muerto.

## ¡se acabó la guerra!

HABÍA PAZ, Y SU hermano Harry había regresado de la guerra sano y salvo.

¡Y hacía un día precioso!

El buen tiempo le auguraba un feliz viaje.

No hacía falta apartar la cortina del ventanuco para saber que afuera la luz caía a raudales, porque los rayos del sol se habían colado a través de los pliegues verde oscuro y glorificaban hasta el último rincón de su habitación. Y el aire que entraba por la rendija de apenas un centímetro era como una pluma haciéndole cosquillas en la garganta, rozándole las pestañas; la obligó a incorporarse en la cama, desperezarse y recoger la cortina verde oscura en lo alto de la ventana; y la hizo susurrar: ¿Qué hago yo, *qué hago yo* con toda esta vida?

Porque ¿qué hacer exactamente con todo aquello? En un momento semejante una estaba dispuesta a todo, no le tenía miedo a nada. Si estuviera en un valle umbrío y fresco, podría estirar los brazos *et voilà!*, serían alas que batirían en lo más alto del cielo. En un momento semejante, una podía pensar incluso en la muerte con intenso regocijo, sentir que la muerte formaba parte de la vida: que la vida era buena y la muerte también lo sería.

Maud Martha cogió a su hija y salió a la calle.

No necesitaba información, ni consuelo, ni una guía, ni un sermón; ¡no con este sol! ¡No con este aire azul!